

el sentimiento de comunidad en los grupos humanos y a atribuir un papel mucho mayor, del máximo peso a la sociedad, influyendo en ese sentido sobre los pensadores que se ocupan de materias relativas a la coexistencia entre hombres. En 1891 Altamira escribe *La enseñanza de la Historia* y en su pensamiento el protagonismo de lo colectivo tiene una gran parte. Es también la época en que se publican muchos trabajos sobre ese campo de investigación hacia el que va su atención: la psicología colectiva.

En ese libro Altamira nos dirá que la historia, en tanto que acontecer de grupos humanos comunitarios, no se reduce a sujetos individuales. El sujeto de la historia es la sociedad (él escribirá la nación, pero en un sentido general de sociedad política). Hay que elevarse a la «consideración de la obra histórica como un trabajo colectivo social». Si bien advierte que tampoco por ello hay que descartar el papel de las individualidades a las que corresponde una acción que en este momento califica de impulsora⁶⁴. Los de la Institución, interesados en recalcar la fuente popular, colectiva, en el desenvolvimiento de la cultura de un pueblo y su función en el establecimiento de lo que correspondía a la autenticidad de la misma, sólo garantizada por brotar del seno de la colectividad, estaban dispuestos a desplazar a la misma no solamente la espontánea formación del arte, de una sabia y sencilla filosofía de la vida, de las formas del Derecho y no menos de la religiosidad, sino que, respondiendo al fondo comunitario de la teodicea sin dogmas, sencilla y comprensiva, a esa ambientación popular, del «panenteísmo» que venían conservando desde Sanz del Río, aparecían impregnados de entusiasmo por la vida rural, las fiestas del pueblo, el derecho consuetudinario de una comarca, etcétera. En definitiva, la cultura auténtica había que extraerla de los modos de vivir y de sentir de una comunidad. La consecuencia, en lo que a nosotros concierne, la sacaba el propio M. B. Cossío: el sujeto de la historia no son los personajes o héroes, sino el pueblo, el pueblo entero, porque historia es lo que se hace por todos⁶⁵.

Hay un pasaje de Altamira en el que con estupenda actualidad recomienda que «conviene no olvidar nunca que la acción del hombre puede modificar en gran medida las condiciones de la naturaleza y que precisamente esta reacción contra el medio natural constituye fondo esencial de la historia»⁶⁶. Ya aquí esa apelación a la historia relacionada con la acción de los hombres parece introducir, frente a aquel colectivismo popular de los primeros momentos en la construcción de la historia, un cierto grado de nominalismo histórico: los hombres no son propiamente el pueblo, sino el conjunto de individuos uno por uno. Si la Institución y otros pensadores no institucionistas, mas sí fieles a la época que nos ocupa —por ejemplo Unamuno— se habían mostrado en un primer tiempo imbuidos de un socialismo religioso, de un moralismo comunitario, de un organicismo vital, quizá la violencia que prendía en los movimientos asociativos que antes mencioné, contribuyó a enfriar esa entusiasta apelación a lo colectivo y unido a la atracción que algunos experimentaron hacia formas de individualismo anarquizante —no pasemos de esto— contribuyó a conceder al individuo una parte mayor y más activa, si no entre los institucionistas puros, sí entre sus brillantes epígonos del noventaiochismo.

Del mismo año crítico de 1898 es un ensayo de Altamira que se titula *El problema del genio y de la colectividad en la Historia*: su problema, más definidamente que antes si cabe, su problema, en cierta manera cardinal también aquí, es el de quién hace la histo-

⁶⁴ Ob. cit., en el texto, p. 120 y ss.

⁶⁵ Sobre la enseñanza de la Historia en la Institución, *BILE*, XXVIII, n.º. 522, p. 204.

⁶⁶ Historia de España y de la civilización española, t. I, 4ª. ed., 1928, p. 25.

ria, y concibe este problema como el de la acción definible y específica de un agente, al que llama, expresamente así: *el sujeto histórico*; pero éste es un planteamiento que de suyo parece responder a otro planteamiento de sujeto singular, lo cual —y ello confirma mi sospecha— le lleva al tema de los individuos extraordinarios cuyo sello queda impreso en el pasado y cuya acción ha ido desenvolviendo el curso del acontecer. Discute las posiciones doctrinales de uno y otro extremo y la que se sitúa entre ambos: aquéllos que no quieren ver más que la acción de sujetos excepcionales; aquéllos que sólo aceptan la de las masas ciegas (obsérvese en lo que se ha convertido «el pueblo»); la de los que buscan una posición intermedia. A esta última se inclina Altamira: la sociedad prepara y educa al individuo; éste lleva a cabo la intervención creadora⁶⁷. Nuestro historiador, tan lleno de inquietud intelectual, escribe muchas de sus páginas más representativas en una época en que se puede contemplar en plena efervescencia el tema de lo que entonces se llamaría las figuras de los *héroes*, los *grandes hombres*, los *superhombres*, los *genios*. La disputa se recoge en una amplia literatura bien de un cierto irracionalismo: Carlyle, Emerson, Nietzsche, bien en líneas de positivismo o materialismo: Lombroso, Labriola, etcétera⁶⁸.

Altamira hace suyo, en el ensayo citado —como hemos visto— el tema del *genio*. Y ve que es necesario plantearse tres problemas en relación con él: a) psicología del genio (sus funciones psíquicas tal como se desarrollan); b) conformación psíquica del genio (procedencia de los elementos que la forman ¿originales? ¿recibidos?); c) manera como opera sobre la colectividad (y a su vez si puede darse y cómo y de qué clase una dependencia suya respecto a ésta)⁶⁹.

Para nuestro interesante historiador alicantino, la historia es un terreno de hechos individuales, realizados por individuos, y la que llama —según terminología de su tiempo— la «persona social» no puede operar sino a través de aquéllos. El autor añade algo de sumo interés y actualidad: el entorno social ha impreso sus maneras de pensar en los individuos y así éstos son seres sociales. «Para unos la fuerza del genio nace de su conformidad con el *clima histórico*, con el estado latente de las conciencias y por tanto, resultaría estéril si no contase con esa colaboración de la masa en la obra común; para otros, la fuerza procede de él solo y la colectividad no hace más que plegarse a sus dictados y dejarse llevar; para algunos, en fin, ésta, enteramente ajena en un principio a la idea nueva del genio, va lentamente recibéndola, asimilándosela, hasta que la hace suya y sólo entonces llega el momento de la acción»⁷⁰. Si en la primera cita que recogí de nuestro autor sobre la relación individuo-sociedad colocaba a ésta por delante y el individuo aparecía en segundo plano, ahora sucede a la inversa: el genio crea, innova, actúa originalmente en la historia y su mundo social le sigue. Esto queda bien claro en el texto siguiente: «Lo real es que la sociedad se compone de un *agregado de círculos* que van, desde un mínimo de civilización (aun en los países más civilizados) y por gradaciones apenas sensibles, hasta los *productos más elevados del desarrollo cerebral*, habiendo, pues, entre el genio y la masa inerte que no tiene (se supone que no tiene) pensamiento propio, una *larguísima serie de grupos* (...) que se ligan inmediatamente al individuo superior, el cual se apoya en ellos y los necesita, de modo que sólo este «engranaje social» puede explicar «la relación entre el genio y la masa»⁷¹.

⁶⁷ Reeditado en *Cuestiones de Historia moderna*, 1934, p. 53 y ss.

⁶⁸ Altamira recoge en notas una amplísima bibliografía y es de observar que en ella no aparecen ni Marx ni Engels. Ed. cit., p. 54.

⁶⁹ Ob. cit., p. 61.

⁷⁰ Ob. cit., p. 78.

⁷¹ Ob. cit., p. 67.

En definitiva, la respuesta al problema global ¿quién hace la Historia? le lleva a pensar en una *solución intermedia*: de un lado está *la masa, colectividad o sociedad*; de otra, *el genio o el hombre superior*. Para Altamira la cuestión sería previa a la inserción de la acción histórica del sujeto y habría que empezar por esta obra: *¿qué es lo que prepara al sujeto?* o lo que es lo mismo: *¿de dónde le viene su condición excepcional?* Acepta que, en parte, del medio colectivo, en virtud como tantos otros dicen de una influencia de factores heredados o presentes (hay que admitir que, como es general en su tiempo, no ve el problema de que se inserta siempre el individuo y permanece inserto en cuanto actúa, es decir, en todo su hacer en un proceso de socialización, inevitablemente pegado a su ser, de manera que no se le puede aislar porque la obra siempre es común; no cabe decir, esto procede del individuo, esto del medio). Pero, eso sí, Altamira vislumbra que la colectividad no sólo sigue, sino que «coadyuva y completa la impulsión».

Entre los dos polos, pues, que como venimos considerando se plantea el problema del genio (del genio, en términos generales, que van del héroe al sabio), aunque se dan relaciones íntimas entre ellos, siempre hay un momento en el que la acción del individuo es aislable y se observa como la del agente creador, que aporta una novedad original. Ciertamente que no es factor único y solitario; pero lo que propone como solución es reconocer que viene preparado por precursores individuales y se apoya en el estado de la conciencia social. Mas siempre trae aquél a su vez algo propio y que él sólo puede y sabe hacer⁷². Piensa de esa manera que el sujeto que imprime su dirección a la historia es «un hombre de cualidades más desarrolladas y poderosas que los demás, pero ligado a ellos por los mismos lazos de solidaridad humana y de época, de coeducación y mutuo influjo, que forman el complejo social. Si realmente fuesen heterogéneos el genio y la colectividad, no cabría la posibilidad de que aquél influyese en ésta», y así, propone la idea de una «conjunción real» entre el espíritu del conductor y la opinión latente y confusa de la muchedumbre⁷³.

Para aclarar la cuestión, Altamira recurre al caso que considera más favorable para afirmar la primacía del sujeto individual, esto es, el caso del sabio. Pero precisamente es en esta ocasión, en la que extrema su posición y llega a un planteamiento más individualista, en la que se aparta más de la línea que iba a ser la del nuevo pensamiento científico que en algún otro momento le hemos visto vislumbrar. Según Altamira, en el plano de la ciencia, el sujeto creador se mantiene libre del peso de la colectividad, y ello se debe, de un lado, a que una sociedad no es capaz de pensamiento científico y su papel respecto a éste será siempre pasivo: mero vehículo de transmisión a generaciones futuras; de otro lado, a que la cadena del saber continúa de eslabón en eslabón al margen de toda conexión social. «Son los sabios quienes derivan unos de otros, sin que la multitud intervenga en este proceso genético»⁷⁴. Desde luego, la relación no es la de un proceso genético —expresión muy discutible; sería de un condicionamiento de la ciencia en el desarrollo de su contenido—, en las preguntas que se hace, en lo que busca y, consiguientemente en lo que encuentra. En los años veinte, el gran físico atómico Schrödinger escribió un apasionante estudio, desde el punto de vista de la física nuclear —traducido muy pronto al castellano— en el que se preguntaba: «¿Está la ciencia natural condicionada por el medio?» y su respuesta afirmativa constituyó una sorprendente novedad⁷⁵. Ya

⁷² Ob. cit., p. 55.

⁷³ Ob. cit., p. 66.

⁷⁴ Ob. cit., p. 63.

⁷⁵ La traducción, con el título que doy en el texto, se publicó en la Revista de Occidente, tomo 38, año 1932, p. 25.